



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA **D. Jerónimo Lafuente**, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubierta.

SUMARIO.

Crónica, por Un Teruelano.
Epigramas, por D. Tomás Camacho.
Tanto vales cuanto tienes, por D. Ambrosio Gimeno.
La muerte del rico, por D. Emilio Zola.
Oros son triunfos, por D. Enrique de Oloa.
El saber y la ignorancia, por D. Antonio de Trueba.
Tipos, por D. Gerardo Gutierrez.
El calor del sol como fuerza motriz, la «Revista de Conocimientos útiles.»
Miscelánea.

tener su residencia en esta capital, ya por otras causas, estén enterados de todos los acuerdos que aquella tome, del estado de sus fondos, de las determinaciones que adopte, de la marcha, en fin, de los asuntos á la misma encomendados, la Junta directiva, competentemente autorizada, ha acordado dar á luz, siempre que lo crea necesario, un *Boletín Oficial* donde se hagan públicos sus actos; y siendo ésta REVISTA órgano oficial de la Sociedad, desde hace dos años, en ella será donde dicho *Boletín* se publicará.

En su consecuencia, los socios que no son á la vez suscritores de la REVISTA recibirán esta gratis cuando contenga *Boletín* de la Sociedad Económica Turolense de Amigos del País.

CRÓNICA.

Con objeto de que los socios de la Económica Turolense, que no asisten á las sesiones que celebra, ya por no

Un hijo de esta provincia, querido amigo nuestro además, publicista distinguido, remite desde Madrid al *Diario de Avisos* de Zaragoza unos *Perfiles políticos* que llaman grandemente y con justicia la atención pública. Uno de los últimos, y que á continuación reproducimos es el del actual ministro de la Gobernación,

•ROMERO ROBLEDÓ.

De él se trata. Y dicho se está que por lo que llaman los filósofos ingleses la ley de *discriminación* ó el principio de la relatividad universal, así como la idea de lo blanco suscita la idea de lo negro, y al revés, el nombre de Romero despierta el de Silveira, y viceversa. De los dos, pues, trataremos.

Empecemos por Romero. ¿Qué motivo para esta preferencia? Hay graves razones de atención espontánea. La mirada, la cabeza, el cuerpo entero, guiados por el instinto, se vuelven siempre del lado del ruido más intenso y del mayor estrépito. Los privilegios del bombo en una banda de música tienen su sanción en la misma naturaleza del sistema nervioso. ¿Cómo abisman los ojos, y aguzan sus oídos, y entreabren asombrados su boca los rapaces de plazuela en la contemplación del monumental instrumento! El clarinete les apesta; pero el bombo y los platillos les seducen. De entre los saboyanos cosmopolitas y músicos ménos que de la legua, no hay memoria que haya ninguno alcanzado el éxito viandante de aquel *ejecutante omnibus* que tocaba á un tiempo la gaita, hacía vibrar el metal y sacudía el cuero, todo con tres ó cuatro sencillos movimientos combinados.

La humanidad, políticamente considerada, se encuentra aún en candorosa infancia respecto del sonido irregular como de los efectos musicales.

Y tratándose de quien como el Sr. Romero Robledo puede manejar simultáneamente varios instrumentos políticos de timbre entre rústico y popular, se fija ántes en él que en otros artistas de más delicado gusto. No hacemos, pues, otra cosa que nadar corriente abajo.

Para llegar tan alto como el actual ministro de la Gobernación y permanecer en esa cumbre sin rodar bien pronto, no nos rompamos la cabeza con regateos maleantes, se necesita tener talento. Lo tiene Romero Robledo á todas luces: tiene *luces naturales*, que dicen las gentes sencillas del campo de los muchachos listos y de los entendimientos avisados. Posee la viveza proverbial de los hijos de su tierra en grado notable. Ignórase á qué edad se anduvo solo Romero Robledo; pero puede darse por seguro que resolvió los problemas de la dentición y de la locomoción con precocidad fabulosa. Y desde que echó á andar, no ha parado. Tanta celeridad engendró en su primera carrera, que por la velocidad adquirida cruzó los campos de la revolución como un antílope, llegó á los de la restauración como un gamo, y ha de nacer todavía el calculista afortunado capaz de señalar término definido á este Bargossi, perfecto á este Chistavín sin desmayos.

Estudió leyes como quien compone aleluyas ilustradas: un poco por afición, otro poco por necesidad. Fué diputado cuando era aun muy joven; y como diz que de recién nacido intentó imitar las hazañas de Prometeo, no arrancando á Júpiter el secreto del fuego, tarea vana en hombre de verdadera chispa, pero queriendo subirse al mismo Olimpo para andar á mojicones con Harpócrates, geniomítico del silencio, porque nuestro audaz antequerano se juzgaba con alientos bastantes para haber inventado el habla si le hubiera hecho Dios nacer en tiempos

que los hombres prehistóricos se entendían por señas y gritos, no estuvo resignado larga pieza á ocupar su asiento en el Congreso sin decir esta boca es mía.

La nota distintiva del carácter de Romero Robledo es su optimismo. Todo le parece llano y se lo encuentra hecho todo. De aquí su propensión á hacer tabla rasa de los obstáculos, que es como hacer lo que hace ahora, mangas y capirotos de leyes importunas y de formalidades fastidiosas: Ni Napoleón tuvo fé más serena en su estrella. Si le hablaran de qué en la guerra atrevida contra los Ayuntamientos, y en sus campañas contra el país independiente, y en su conquista de los comicios, podía tropezar en un Leipzig y caer en un Waterloo ¡con qué chilindrinas y epigramas se mofaría del aviso!

No hay hombre más al día que él. Esto es lo que informa todo su temperamento moral. Se recoge en un minuto y hace del segundo que trascurre el símbolo de la existencia. Podría llamársele el Anacreonte de nuestra política. El pasado ¿qué le importa? Pasó ya, y como si no hubiera sido. ¿El porvenir? desventurado mortal quien le sondee con meditacion ó quiera escrutarle sombrío. Él no escruta más que escrutinios. Por cierto que hasta la estadística envuelve para Romero un valor relativo, de circunstancias. No se resistirá á creer que la cábala puede considerarse hasta cierto punto como el precedente histórico de la estadística electoral. Pero con las trasformaciones que ha sufrido, resulta ya hoy una cábala sencilla y manejable, dócil y nada huraña, tan léjos de toda pretension de adivinanza laberíntica y de fórmulas esotéricas, que ella misma es la que se deja adivinar sin esfuerzo desde que barrunta el país la proximidad de unas elecciones generales.

De esa instantaneidad moral de Ro-

mero Robledo derivan sus acciones todas. Está á lo que vé y á lo que oye. Que estudie quien deba, y provea quien pueda. El ¿qué necesita saber? Llévase metido siempre á Sócrates en el bolsillo, como el *vade-mecum* de su gramática parda. Sabe que no sabe nada, y con esto da por resuelto el problema de la vida. Esto le permite además reír como Demócrito y burlarse hasta de sí mismo cual Sexto Empírico. Por supuesto, sin alardes de humorismo á la usanza corriente. Él sí que rebosa de buen humor andaluz, fresco espontáneo, comunicativo, occurrente, más festivo que irónico, más punzante que amargo, expresion moral de la manzanilla de Sanlúcar desposada con el rico Jerez; pero ese *humour* á lo Sterne y á lo Stirner, florecimiento melancólico del espíritu septentrional, del que hizo Solger una filosofía y Novalis un arte, y Richter un hábito, y los modernos pesimistas alemanes una desoladora metafísica, y Alfredo de Musset un sentimiento patológico, y Espronceda una manía pernicioso, y que convierte hoy Campaamor entre nosotros en tristes solaces de la alegría repleta, ó en una lágrima que tiene por engarce los pliegues de una sonrisa; lo que es de ese *humour* amarillento como la cerveza y nebuloso como la atmósfera del Norte, no tiene nada averiguado ni ha sufrido jamás amago alguno insignificante. Entonces sería frívolo en la apariencia, como esos filósofos y poetas de la ironía humorística para quienes sirve de cánón la tendencia á tomar en serio la risible y á echar á risa lo serio; pero grave, reflexivo y profundo en realidad. Y no, no; cuanto á lo de frívolo, lo es Romero Robledo de todas veras, del puño á la contera, sin disfraces poéticos, ni *turnures* humorísticas, ni etiqueta suplantada.

Habla como piensa y obra como habla: á salga lo que saliere. No podrá

nunca dejar de ser lo que es: un improvisador al azar, un repentista en perpétuo desorden. ¿Lógica en su pensamiento? No la tiene. ¿Sintaxis en su frase? La que se crean las palabras saliendo en tropel y cada una por su camino. ¿Método en su conducta? El del arbitrio momentáneo, el de las impresiones discontinuas, el de los impulsos ciegos y caprichosos.

De manera que no hay conservador más revolucionario ni perturbador más inútil Alarico, Radagaiso, Genserico, Teodorico, á su paso, fundaban algo; Atila, en su avance, lo arrasaba todo. El sistema de Romero Robledo, como el del rey de los hunnos, consiste en no dejar títere con cabeza. Bien depurado el asunto, resulta el actual ministro de la Gobernacion más nihilista teórico que todos los sectarios de este nombre: Kropotkin, en último término, tiene una concepcion social y un pensamiento político; lo tiene Drago-manof, el emigrado ginebrino; lo tiene Lavrof, el proscrito de París y el retirado de Lóndres. Romero vacía su sistema en los moldes del vacío. Con instintos de todo, por su natural talento, no ha formado idea científica de nada, por su incurable desidia. Cuéntase que al consultar con Cánovas del Castillo su último discurso de Presidente de la Academia de Jurisprudencia, sobre *Los delitos de la palabra*, tachó aquél heregías revolucionarias de gran calibre y hubo de aventar á diestro y siniestro afirmaciones temerariamente heterodoxas.

Intelectualmente, pues, no hay materia prima tan amorfa, tan dispuesta á todo, como este deliciosísimo anarquista blanco. Por eso Pidal le mira siempre con intencion de exorcista y le profesa el sagrado horror que siente todo buen cristiano al tufillo de Belial. ¿Y Silvela? Este le desdeña en sus más íntimas puridades soberanamente. Ya el ministro de Gracia y Justi-

cia, de suyo, por inclinacion espontánea del ánimo, siente, como tendremos ocasion de notar, un despego estóico, rayano de la compasion despreciativa, hácia la humanidad considerada en concreto en sus ejemplares andantes y sonantes.

Un político sin nociones categóricas y convicciones arraigadas; audaz sin grandeza y travieso por instinto; hábil para zurcir voluntades mediante el favor y para tramar intrigas de comedia casera; cuya flexibilidad es ya descoyuntamiento y cuyo escepticismo toca en la despoblacion de principios fijos y reglas determinadas; conservador por casualidad y ministro por costumbre; siempre al acecho de una amistad que añadir á sus cálculos y nunca preparado á la escrupulosa resta de los medios arbitrarios y de los procedimientos antojadizos; protector de la juventud dorada para fascinarla con las ambiciones fáciles y los encumbramientos súbitos; sin respeto que lo valiere á las canas del partido y á las toses asmáticas de la comunidad, ántes propenso á la zumba contra reputaciones rancias y al desman epigramático de los veteranos esquivos, hueraños y bien curtidos, sardónico imperturbable, impertérrito, descarado, voluble, fácil, frágil, elástico, ductil, escurridizo y mañoso: un político de tales condiciones no puede ménos de ostentarse á faz del orbe como la antítesis viviente del Sr. Silvela.

Sabe Romero le que este vale; sabe que no puede ni la centésima parte de lo que vale; pero presume que pudiera un dia acogotarle parlamentariamente, con uno de esos discursos que así son dogal de seda como daga primorosa, y se previene y recluta en la Academia de Jurisprudencia apéndices oratorios y suplementos científicos. Y un Paquito Henestrosa, pulcro, atildado, facundo, correctísimo, discreto ameno, y un Hinojosa, grave, aparato-

so, elocuente, sereno, hábil, y un Andrade, enérgico, nervioso, vigoroso, valiente; con otros polemistas quincenales de ménos merecida nota, podrán desde los bancos de la mayoría estar á los quites, así de las oposiciones cuanto de las contingencias silvelinas y de las tribunicias destemplanzas de Pidal.

Los sucesos parecen anticiparse. Ya el lado más conservador pierde la paciencia y su apresta á darle á Romero ó la desazon ó la batalla. Pero Romero Robledo es invulnerable. Si no gasta armadura de vulcánica forja y divino temple, usa otra corteza de invulnerabilidad más positiva, carne de su carne y huesos de los suyos: esa frescura olímpica y playera, de ambas cualidades dotada, que embota los dardos mejor lanzados como los embotaría un brindaje espesísimo de goma elástica. Romero es hoy tan indispensable ó más que Cánovas á la prosperidad gubernamental de los elementos conservadores. ¡Duerme, pues, en paz, oh Mercurio burlon y entrometido, tu sueño epicúreo! Otras trompetas serán las que te despierten.

Y no siendo ya hoy posible enfocar la cámara á Silvela, cuya presentacion foto-periodística reclama esmeros prólijos y preparacion de un sitio espacioso y preferente, dejemos para otro día la tarea.»

Cuanto viene á aumentar la gloria de un escritor, poeta ó artista aragonés, nos produce vivísima satisfaccion.

De aquí que háyamos sabido con indecible placer la ovacion recibida por Zapata en el teatro de Apolo, con motivo de haber sido puesto en escena el drama lírico en tres actos y en verso, titulado *El Reloj de Lucerna*, libro de nuestro paisano y música del maestro Marqués.

Todos los críticos y revisteros de

Madrid se manifiestan conformes en que el argumento toca los límites de la tragedia. Zapata ha presentado al público una obra en que va aumentando por grados el interés.

La trabazon dramática está dispuesta con estudio y tino, y se desarrolla con habilidad en situaciones llenas de sentimiento, expresando los personajes magníficos conceptos diluidos en la brillante, castiza y sonora versificacion propia del inspirado autor de *La Capilla de Lanuza*.

No es de extrañar que la concurrencia se entusiasmara muchas veces durante la representacion de *El Reloj de Lucerna*, interrumpiendo con calurosos aplausos sus versos.

Igual sucedió con la música del eminente maestro Marqués. En la partitura nada huelga conteniendo números de notable factura.

Los dos autores fueron llamados repetidas veces al proscenio, entre bravos y palmadas.

En la noche del 11 del actual se reunió nuestro Ayuntamiento y la Junta de asociados con objeto de aprobar el presupuesto municipal para el próximo año económico.

Entre las reformas mas importantes se halla la supresion del Almudí, de que resulta la aconomía de 1734 pesetas que importa el personal.

Las 1150 que se pagan por alquiler del edificio y contribucion, podrán economizarse tambien, así que sea trasladada la escuela pública allí establecida á otro local de mejores condiciones, de propiedad del Municipio.

Otra de las innovaciones hechas es el arrendamiento de la medida para cereales, con el objeto de dar á los que concurren á este mercado la garantía de que no han de ser defraudados en la medicion, evitándose así el que se diga

(sin razon indudablemente) ¡qué calumnia! que hay quien vende con una medida y compra con otra.

Se establece sobre la uva un impuesto, con el fin de que la tributacion sea equitativa, pues hasta hoy solamente lo pagaba el vino elaborado fuera del casco de la poblacion, mientras que los cosecheros que lo hacian á domicilio no tributaban, resultando por consiguiente una desigualdad injusta y una considerable disminucion de ingresos en las arcas municipales.

Tambien se establecen dos titulares de Beneficencia dotadas con 750 pesetas cada una, en lugar de una que existe hoy.

El buen deseo del Municipio se revela en las citadas reformas, que aplaudimos, esperamos que no serán las últimas.

Hay mucho que *iñir*, señores Concejales; pero con firmeza y buena voluntad puede hacerse mucho y ambas cualidades tienen ustedes y otras más que no les van en zaga.

Con mucho dinero cualquiera es rico ¿No conocemos muchos ricos más pobres que las ratas?

«No es feliz, no es rico el que se vé en mucha altura por la fortuna y por la riqueza, sino el que por sus virtudes las merece.» y «el que está con su fortuna contento es el más afortunado del mundo.» Hagamos lo que podamos y ¡á *iñir*, señores, á *iñir*!

Un Teruelano.

EPÍGRAMAS.

I.

Estaba enfermo Perico;
un médico muy borrico
le recetó el casamiento,

y se casó el pobre chico
con Remedios, muy contento.

Hablando de sus dolores
nos decia ayer:—señores,
voy á decir la verdad;
hay remedios áun peores
que la misma enfermedad.

II.

Pedro que llegó á perder
su empleo el año setenta
y un no lo ha vuelto á obtener,
decia formal ayer:

—La esperanza me alimenta...

¡Y Esperanza es su mujer!

III.

Diz que tiene tal manía
por cantar, Inés Morquecho,
que todo el bendito día
está dando el *dó* de pecho.

Debe ser cierto, pues yó
á muchos hombres oí
que además de dar el *dó*
está dando siempre el *si*.

IV.

Los que el nombre te pusieron
fueron en ello muy duchos;
el de Consuelo te dieron
y ¡vive Dios! no mintieron;
que eres consuelo de muchos.

V.

Don Homobono y Don Roque
que son hombres muy obesos,
se dieron la gran carrera
por llegar al tren correo.

Esto sucedió en Canicula

y como faltóles tiempo
para alcanzarlo, decían:

—¡Pues señor... estamos frescos!

Tomás Camacho.

TANTO VALES CUANTO TIENES.

Siendo esta sentencia, según todas, el resultado del conocimiento práctico de las aficiones de la humanidad, repútase como una de las de más antiquísimo origen; casi pudiera decirse que la apadrinaron ya en los tiempos bíblicos, al primer descuido de Moisés, aquellos extraviados adoradores del *becerro de oro*.

Con breves intervalos en que media docena de pueblos *inocentes* como Roma, Atenas, Esparta y otros—¡qué poco Cartago!—miraron con desden y menosprecio al Dios oro, padre legítimo de nuestro proverbio, habido en pomposas nupcias con la Diosa Fortuna, siempre se le ha rendido el más escrupuloso y extremado culto, hasta por los mentecatos que jamás consiguieran verle, que digo la cara, ni siquiera la cruz.

También en época remota pasó cual rápido meteoro cierta escuela filosófica, llamada *cínica* aunque mejor le cuadrara el nombre de *chiflada*, cuyos sectarios tanto pretendieron exajerar el desprecio de las riquezas, y aun de las sencillas comodidades de la vida, apareciendo en público haciendo alarde de su miseria, como Antisthenes que por todo traje llevaba una capa roída, unas alforjas al hombro y un baston, Diógenes, monedero falso antes que filósofo, con su famoso tonel y su histórica linterna, el feísimo Crates, acompañado por las calles de su extravagante y desvergonzada esposa Hipparchia, ambos también con sus alforjas y baston por todo abrigo, el náufrago Zenon y otra rastra de gente sucia y grosera, que en vez de arruinar con sus excentricidades al Dios oro, elevaron su trono á cien codos más de altura. ¡Quién había de seguir á aquellas inmundicias andando! Nadie: imperó pues en toda la línea el *becerro de oro*.

Tremendo fué el ataque que más tarde recibiera; tanto, que por algún tiempo en ciertas comarcas se oscureció su poderío.

Apareció mediante anuncio de los profetas, la protesta perpétua contra el *becerro de oro*, el hombre Dios, trayendo consigo la buena nueva, el cual además eligió en su ayuda

—por más que de nadie necesitara—para extenderla y propagarla, una docena de discípulos, que si sobresalían por su pobreza, no se distinguían menos por su ignorancia y sencillez: de las orillas de los ríos sacó sus heraldos. Bien puede llamarse la buena nueva, mejor aún, la redención de la humanidad. Él dignificó al hombre, desterrando los sacrificios humanos y creando la fraternidad universal en la bellísima fórmula *amor al prójimo como á nosotros mismos*. Él levantó al humilde, ensalzó la pobreza, anatematizó al soberbio, y prescribió al rico reglas para usar bien de las riquezas. Destruyó el paganismo, y arrojó del Olimpo á latigazos á aquella indomable multitud de Dioses, que así luchaban entre sí de trono á trono, como descendían á vivir en contacto carnal con las bellezas terrestres. Regularizó el poder arriba y abajo.

¡Cuán grande influjo ejerciera su doctrina, proclámalo muy alto el hecho, que despues de mil ochocientos ochenta y tres años, todavía se celebran anualmente su natalicio y su trágica muerte, con religioso júbilo aquel, y con fúnebre luto ésta, por más de trescientos millones de católicos!

Nuestro proverbio y su progenitor quedaron humillados, y haciéndose los muertos, á manos de tan excelente doctrina.

En silencio, sin embargo, conspiraban los destronados, y con mejor éxito por cierto que esa multitud de pretendientes ambulantes de hoy, que se suceden unos á otros, trasmitiéndose tan sólo el cetro de la esperanza, y el respeto figurado de sus súbditos y vasallos también figurados.

Las instituciones vienen á ser como las ropas y como todas las cosas, que á puro de usarlas se rompen ó se quebrantan. Cosa parecida acaeció con la buena doctrina, cuya principal base en la tierra descansaba en la humildad y en la pobreza.

Principió exajerándose con grandes ayunos, maceraciones crueles del cuerpo y otros excesos, que de seguro conducían primero á la muerte, y despues, despues sábelo Dios.

El *becerro de oro*, en este arranque de misticismo, sin decir esta boca es mía. Tenia el talento de saber esperar, que es el verdadero talento, díganlo sino nuestros políticos Sagasta y Cánovas.

El misticismo solo en provecho del individuo, fracasó luego afortunadamente, originando el sistema de dirigir preces al Altísimo en comunión bajo la forma de órdenes religiosas: Una misma base servía de troquel á diversas y múltiples corporaciones de esta índole; la humildad, la oración y la pobreza. En su organismo interior diferían tanto unas

de otras, como en sus variados y vistosos trajes. Parecíanse á regimientos referentes á distintas naciones y con banderas distintas.

Cada especie tomaba su patrono, y de aquí los Basilios, los Victorios, las Carmelitas, Bernardos, Agustinos, Franciscanos etc. etc., de los cuales unos iban calzados, otros descalzos; unos vestían de lana burda y grosera pegada á la carne en son de mortificación, mientras otros usaban ropas interiores y exteriores de finísimo y delicado lino; quienes caminaban pobremente, *pedibus andando*, quienes cabalgaban lustrosas y bien enjaezadas mulas; habíalos de tal parquedad en su alimentación que podría asegurarse comían siempre de vigilia algunos que comían para vivir, y otros que vivían para comer, saciando su gula con abundantes y succulentos manjares, hasta el punto estos últimos de inspirar al pueblo el vulgarísimo refrán, *carnicera por barba y caiga el que caiga*. Y todos, flacos y gordos, oraban por los pecadores y ensalzaban al Señor. Reapareció el *becerro de oro*, y declaróse partidario de las de *carnicera por barba*, como era natural.

Después, aunque con lentitud, se ha abierto paso, ha extendido prodigiosamente sus dominios, impera en todos los corazones, á los cuales dirige á su arbitrio, auxiliado por su esposa doña Indiferencia, única persona con quien comparte su grandeza y poderío.

Entre las naciones que le rinden humilde y respetuoso vasallaje se encuentra nuestra España, pero á la zaga de la orgullosa Albion y de la moderna república de los Estados Unidos, sus dos metrópolis queridas, si bien es preciso confesar que en ambas se desarrolla con mejores formas que en medio de nosotros. Y ahí está Roma, residencia del Pontífice y del rey de Italia, también abrazada á nuestro héroe, como en otros tiempos se abrazara tiernamente á doña Simonía, personaje histórico de todos conocido.

Envuelto en incienso y perfumes por la antigüedad, á porfía acariciado y cortejado hoy, *nuestro tanto vales cuanto tienes*, gobierna en el día con el mayor descoco y desvergüenza, causando más grandes estragos que la antigua peste oriental ó el moderno cólera morbo asiático, pues que estos matan el cuerpo pero no descomponen el alma.

Convencidos todos de que la representación y estima sociales solo se alcanzan por el escabroso sendero de la fortuna, tales corrientes han creado la vida y desenfadada aspiración á la riqueza, pero á todo trance, aunque sea pasando por el siniestro y peligroso del crimen, el caso está en adquirir oro, oro, que detrás vienen la distinción, los honores y el

aprecio, y respeto tributamos pública y privadamente al que lo posee.

No hay clase en la sociedad que no aparezca tributaria de tan perturbador proverbio.

Hoy se ha amortiguado aquel sentimiento delicado y tierno que fundía dos corazones en uno, en tiempos más bonancibles: el hombre ahora, antes de elegir su compañera la pesa, y si la balanza no se inclina á su gusto, no la recibe, sin importarle un bledo el terrible *qué dirán*.

El usurero—pues la usura existe—sube la tasa hasta el cielo en su inmoderado deseo de hacerse rico pronto, verse rodeado, joven aún, de las consideraciones y delicadas muestras de respeto que la generalidad humillada presta gustosa al oro.

El banquero, el industrial, el comerciante precipitan sus operaciones, exageran sus necesidades con el intento de aparecer ricos antes de tiempo, exponiéndose á segura y prevista quiebra, á trueque de amontonar riquezas con velocidad eléctrica. ¡La sed del oro!

El embriagador afan de adquirir fortuna, ha enjandrado la raza de los timadores, de los falsificadores de valores, monederos, agentes de negocios en falso, secuestradores, ladrones en poblado, ladrones en cuadrilla, y hasta asesinos célebres que han intentado acabar con toda una generación á punta de puñal para heredarla.

Nuestras Antillas guardan las cenizas de miles de víctimas, que en vez de tropezar con el oro que ansiosas buscaban, tropezaron con la fría y pálida muerte.

Los que van tras ese ideal que materializa la conciencia, todo lo posponen á su fulgente ídolo; sus oídos quedan cerrados á toda vibración que no sea la que produce el sonido mágico del oro; sus pupilas no reflejan otra luz, sino la que va envuelta en torrentes de tan preciado metal.

Decidle á uno de esos panegiristas exaltados de la riqueza, por ejemplo, á un acaparador de vinos que, Castelar, Cánovas, Salmemón, Echegaray, Martos y otros de nuestros primeros oradores y hombres de Estado, van á pronunciar trascendentales discursos; y con la mayor sangre fría os preguntará:—¿Esas oraciones darán por resultado la invención de un agente químico de más potencia para colorar el vino que la fuchina?—No.—Pues que se lo cuenten á su abuela.

Manifestad á otros, que la geología, la astronomía, la química, la anatomía, todos los ramos, en fin, del saber humano dan calor, vida y color á este siglo XIX; y con la sonrisa del desprecio os responderán:—¡Vaya una maravilla! Y á nosotros qué?

Invítadles á que celebren con vosotros el Centenario de Cervantes, Calderon ó Santa Teresa; á que asistan á aplaudir en vida á Echegaray ó á Galdos:—¿Dán dinero esos señores? os dirán: pues que vaya el nuncio.

Consecuencias todas del imponente positivismo que nos rodea y perturba.

Ambrosio Gimeno.

LA MUERTE DEL RICO.

El conde de Verteuil tiene 50 años, pertenece á una de las familias más ilustres de Francia, y posee una gran fortuna. De oposicion al gobierno, se ha ocupado, segun su leal saber y entender, de él, ha escrito para las revistas que abren las puertas de la academia de ciencias morales y políticas, se ha interesado en grandes negocios y se ha apasionado escesivamente de la agricultura, la instruccion y las bellas artes. Ha llegado á ser diputado, y se ha distinguido por la violencia de su oposicion.

La condesa Matilde de Verteuil tiene 36 años. Está reputada de ser la rubia más hermosa de París. Era algo delgada, pero su busto se ha redondeado. La edad parece que blanquea su piel. Nunca ha estado tan hermosa. Cuando entra en un salon luciendo su dorada cabellera y su cútis de terciopelo, parece un astro en el momento de aparecer en el firmamento.

Las mujeres de 20 años de edad tienen celos de ella.

El matrimonio del conde y de la condesa es de los que no dan que hablar. Contrajeron matrimonio como la mayor parte de las gentes. Asegúrase que han vivido seis años en la mayor intimidad. En dicha época tuvieron un hijo, Fernando, que es capitán, y una hija, Blanca, á quien casaron el año último con el Señor de Bussat. Hace algun tiempo que rompieron todo linaje de relaciones; son, sin embargo, buenos amigos y egoistas. Se consultan, se presentan como enamorados ante el mundo, pero luego se retira cada cual á sus habitaciones donde reciben á los amigos de intimidad.

=

Una noche, sin embargo, Matilde volvió á su casa de un baile á las dos de la mañana. Desnudóla su doncella, y cuando iba á retirarse le dijo:

—El señor conde se ha sentido indispuerto esta noche.

La condesa medio dormida volvió perezosamente la cabeza.

—¡Ah!—murmuró.

Acostóse y añadió:

—Despertadme mañana á las diez, espero á la modista.

Al siguiente dia, á la hora de almorzar, el conde no parecia: la condesa preguntó por él, y luego se resolvió á hacerle una visita. El conde continuaba en el lecho. Su palidez era grande. Habian venido ya tres médicos: habian conferenciado en voz baja y habian dejado sus recetas; debian volver por la noche. El enfermo está asistido por criados graves y silenciosos que andan de puntillas para evitar el ruido de sus pasos por la alfombra. El dormitorio asombra por su severidad: ni una redoma mal colocada, ni un mueble que no esté en su sitio.

Es la enfermedad limpia y digna, la enfermedad ceremoniosa que espera visitas.

—¿Sufris mucho, amigo mio?—preguntó la condesa al entrar.

—¡Oh! no: algo de fatiga—contestó.—Solo necesito descanso. Os agradezco vuestro interés.

Pasan los dias en igual situacion

El dormitorio no revela desórden alguno. Todos los objetos están en su sitio, las medicinas desaparecen sin dejar huella.

Los rostros graves de los criados no acusan cansancio ni aburrimiento. Sin embargo, el conde sabe que está en peligro de muerte; ha exigido la verdad á los médicos y les deja obrar sin quejarse. Duerme por lo regular dos horas y el resto de tiempo lo pasa con los ojos abiertos, muy abiertos y en actitud reflexiva.

La condesa dice á la sociedad que su marido está algo delicado. No ha hecho variacion alguna en su vida: come, duerme y pasea á las horas de costumbre. Todas las mañanas y todas las noches hace una visita al conde para informarse de su estado.

—Y bien: ¿estais mejor, amigo mio?

—Sí, algo mejor: gracias, mi querida Matilde.

—Si os parece bien y no os molesta me quedaré á haceros compañía.

—No... es inutil. Bastan para mi cuidado Julian y Francisco. ¿Para qué habeis de cansaros?

Los dos se comprenden: han vivido separados y quieren morir separados.

El conde siente esa amarga alegría del egoista que desea morir solo, sin sufrir en su lecho los horrores que causa la farsa del dolor. Desea apresurar cuanto posible sea por él y por la condesa, la escena de la eterna sepa-

ración. Su última voluntad consiste en morir como hombre de mundo, sin molestar ni causar repugnancia á nadie.

Sin embargo, una noche nota que respira con dificultad: sabe que no verá nacer el nuevo día. Al entrar la condesa á hacer su visita ordinaria, le dice simulando una sonrisa.

—No salgais: no me siento bien.

Quiere evitar los juicios y la crítica del mundo. La condesa esperaba este ruego y permanece en la alcoba. Los médicos no se separan del agonizante. Los dos criados prestan sus servicios con su habitual mutismo. Han sido llamados los hijos Fernando y Blanca, que se acercan al lecho y acompañan á su madre. Los demás parientes están en una habitación contigua. La mitad de la noche se pasa así, esperando la catástrofe: cumplido el ceremonial puede el conde morir.

Pero no se dá prisa: parece encontrar fuerzas para evitar una muerte entre convulsiones: un fin horroroso. Su respiración se oye en la amplia habitación como el ruido de un reloj descompuesto. Es un hombre bien educado que se vá! Y despues de abrazar á su mujer y á sus hijos les indica que se aparten, se inclina del lado de la pared y muere.

Entónces uno de los médicos se inclina, y cierra los ojos al muerto, y luego dice:

—¡Todo ha concluido!

Suspiros y lágrimas derrámanse, y se lanzan en silencio. La condesa, Fernando y Blanca se han arrodillado. Lloran ocultando el rostro entre sus manos. Despues se retiran: los hijos conducen á su madre, la cual cuando llega á la puerta, y para demostrar su aflicción, solloza con fuerza:

Desde este momento el muerto se debe á la pompa de sus funerales.

Los médicos han vuelto la espalda fingiendo gran sentimiento. Ha sido llamado con urgencia un sócerdote de la parroquia para que vele al difunto. Los dos criados acompañan al sacerdote: es el fin deseado de sus servicios. Uno de ellos ve una cuchara sobre un mueble. Se levanta, la coje rápidamente, la guarda en su bolsillo, solo para que no se interrumpa el orden que se nota en la alcoba.

Al amanecer óyese debajo, en el gran salón, ruido de martillazos: son los tapiceros que trasforman el cuarto en capilla ardiente con un catafalco monumental en el centro.

Toda la mañana se destina al enbalsamamiento: se han cerrado las puertas: el embalsamador está acompañado únicamente de sus ayudantes. Al día siguiente, cuando se tras-

lada el cuerpo del conde y se le espone en el catafalco, está vestido y tiene la frescura y lozanía de la juventud.

El día de las exequias óyese un impertinente murmullo en la casa desde las nueve de la mañana. Los hijos y el yerno hacen el duelo, reciben las visitas, se inclinan y guardan silencio, indicio de aflicción. Todas las ilustraciones se encuentran allí, la nobleza, el ejército, la magistratura; hasta senadores y académicos.

Por fin á las diez se pone en marcha con dirección á la iglesia el fúnebre cortejo. El carro fúnebre es de primera clase; los caballos lucen ricos penachos y el coche ostenta ricas colgaduras adornadas con franjas de plata.

Llevan las cintas un general de Francia, un duque, antiguo amigo del difunto, un antiguo ministro y un académico. Fernando de Verteuil y el señor De Bussac presiden el duelo. Luego sigue la comitiva, todos personajes importantes, vestidos de negro y que andan lenta y silenciosamente.

Todos los vecinos del barrio están asomados á ventanas y balcones. Los transeúntes, apiñados en las aceras, se descubren y ven pasar, inclinando la cabeza, al carro triunfal. La circulación queda interrumpida por la interminable fila de los coches del cortejo, casi todos desocupados: los ómnibus y los coches de punto se detienen en las callejuelas; óyense los juramentos de los cocheros y los chasquidos de los látigos. Y mientras tanto, la condesa de Verteuil permanece en su casa, encerrada en sus habitaciones, destrozada por las lágrimas. Reclinada en una mecedora, entretenida con los cordones de su cinturón, mira el pavimento tranquila y soñadora.

En la iglesia, la ceremonia dura cerca de dos horas. Todo el clero está en el altar mayor: desde por la mañana se vé á los curas dar órdenes, hasta que á las nueve y media queda colocada en la nave la capilla ardiente. El cortejo se ha dividido: los hombres se colocan á la izquierda, y las mujeres á la derecha. Dejan oír los órganos sus notas, los cantores lanzan sordos gemidos: los niños de coro sollozos agudos, mientras que lucen innumerables lámparas, que contribuyen al esplendor de la ceremonia con su triste palidez.

—¿No debía cantar Fauré?—preguntó un diputado á uno de los concurrentes.

—Creo que sí,—contesta el interpelado, antiguo prefecto, hombre extraordinario que dirige sonrisas á las señoras.

Y cuando se elevan cánticos solemnes en la nave, dice el prefecto:

—¿Eh? ¡Qué método! ¡Qué amplitud!
 Todos los asistentes están arrobados. Las señoras sonrientes piensan en las noches de la Opera. ¡Fauré es hombre de talento! Un amigo del difunto llega hasta decir:

—¡Jamás ha cantado mejor! Es lástima que el pobre Verteuil no pueda oírle: él que le quería tanto.

Los salmistas dan la vuelta al catafalco: los sacerdotes, en número de veinte, completan el ceremonial, saludan, pronuncian latines y sacuden los hisopos. Por último, los asistentes desfilan á su vez por delante del féretro, y se entregan unos á otros los hisopos.

Después se abandona la iglesia estrechando al salir la mano de los parientes que presiden el duelo. En el exterior la luz del día ciega á la comitiva.

=

Es una hermosa mañana de Junio. Ante la iglesia, en la plaza, están los coches: los invitados que no quieren seguir más lejos, desaparecen. El cortejo es grande y tarda mucho en volverse á organizar. A lo lejos se distinguen los penachos de los caballos y los adornos del féretro, y todavía está la plaza llena de carruajes.

Oyéanse los golpes de las portezuelas y el paso brusco de los caballos. Los coches entran en fila y el cortejo se dirige hácia el cementerio.

En los coches se va perfectamente. Creeríase que se dirigen lentamente al Bosque. Como no se vé el carro fúnebre, se ha echado al olvido el entierro.

Empiezan las conversaciones; las señoras de la estación de verano; los hombres de sus negocios.

—Decidme, querida, ¿vais este año á Dieppe?

—Sí, quizás... pero no será ántes de Agosto. Salimos el sábado con dirección á nuestra propiedad del Loire.

—Amigo mio, cogió la carta y se han baido como dos caballeros: un simple arañazo. Por la noche cené con él en el Círculo. Me ganó veinticinco luises.

—¿Quedamos en que la reunion de los accionistas será pasado mañana? Quieren nombrarme del comité. Son tantas mis ocupaciones, que no sé si podré aceptar. El cortejo ha entrado hace un momento por una alameda. Los árboles envían fresca sombra y cantan los pájaros en la espesura. De repente una señora algo ligera que mira por el cristal, exclama:

—¡Calle... esto es encantador!

En aquel momento entraba el cortejo fú-

nebre en el cementerio Montparnasse. Interrúmpense los diálogos, óyese solo el ruido de las ruedas sobre la arena. Es preciso llegar hasta el fin; la sepultura de Verteuil está en el fondo, á la izquierda: una gran tumba de mármol blanco: una especie de capilla, adornada con esculturas. Colócase el féretro delante de la capilla, y empiezan los discursos.

Pronúncianse cuatro: uno por el ex-ministro, que traza á grandes rasgos la vida política del difunto, al cual presenta como un genio desconocido que hubiera podido salvar la Francia si no hubiera odiado la intriga. Otro por un amigo que elogia las virtudes cívicas del hombre que llora el mundo. Otro por un individuo á quien nadie conoce y toma la palabra en nombre y como delegado de una sociedad industrial, de la que Verteuil era presidente honorario. Y por último, otro que pronuncia un hombre bajo y delgado en nombre de la academia de ciencias morales y políticas.

Durante este tiempo los asistentes miran las tumbas vecinas, leen los nombres grabados en las losas. Los que prestan oído á los discursos apenas oyen algunas palabras. Un viejo que escucha esta frase: «las cualidades de corazón, la generosidad y la bondad de los grandes caracteres,» abre la boca para murmurar.

—¡Ah! sí, le he tratado... era todo un perro.

¡El último adiós se pierde en el espacio! Los sacerdotes bendicen el cadáver, la concurrencia se retira, y quedan solo en aquel apartado lugar los sepultureros que colocan el ataúd. Las cuerdas hacen un ruido sordo; la caja de encina rechina.

El señor conde de Verteuil está en su casa.

=

Y la condesa no se ha movido de la mecedora. Continúa entretenida con el cordón de su cinturón, mirando al suelo, entregada á pensamientos que hacen al fin recobrar el perdido color á las mejillas de la encantadora rubia.

Emilio Zola.

OROS SON TRIUNFOS.

Que tú eres hermosa jamás lo he dudado: que tienes mil gracias bien claro se vé; que piensas casarte con un potentado, tampoco lo dudo, que há tiempo lo sé. Más sabe, Lucila, que el siglo en que vives no admite consorcio que no sea igual; si no tienes oro no importa que prives:

no hay otra belleza que la del metal.
 El oro en el día convierte en hermoso
 al negro hotentote de piel de baúl; (1)
 el oro al malvado convierte en virtuoso,
 y cambia la sangre de roja en azul.
 Al sabio, si es pobre, le niegan talento:
 al tonto, si es rico, talento le dan;
 el joven sin cuartos es cursi esperpento;
 el viejo con ellos gracioso y galán.
 Y que esto es muy cierto no dudes, Lucila,
 pues tú misma eres la prueba más fiel,
 que sólo detienes tu errante pupila
 en hombres que tienen dinero á granel.
 No importa que sean más feos que Picio;
 no importa que tengan un ruin corazón,
 no importa que vivan esclavos del vicio
 si el oro les brinda con su protección.
 Y todos se admiran al ver tu belleza,
 lo mismo el mancebo que el viejo senil,
 más nadie te ofrece su mano y riqueza,
 que hoy día la boda sólo es mercantil.
 Pasaron los tiempos que el ciego Cupido
 unía dos seres al pié del altar:
 hoy nadie se casa de amores herido;
 hoy sale á subasta quien llega á casar.
 Hoy valen muy poco virtud y hermosura,
 que son relegadas á olvido cruel;
 por esas dos cosas ninguno se apura;
 hoy hacen las bodas moneda ó papel. (2)
 Ya ves que las chicas igual que los chicos
 no piensan en bodas de siglos atrás:
 por eso si miras no más que á los ricos
 no espero que tengas marido jamás.

Enrique de Olea.

EL SABER Y LA IGNORANCIA.

Quando yo era muchacho, conocia que todo lo ignoraba y me desvivía por saberlo todo. Entre las personas que asistian diariamente á la tienda donde yo estaba, con objeto de dar un repaso á dos periódicos que habia en ella («El Heraldo» y el «Diario de Avisos») y hablar un poco de caza con el dependiente principal que era loco por esta diversion, se contaba un albeitar llamado D. Sebastian Garcia, hombre tan instruido que parecia una enciclopedia, pues siempre tenía contestacion y explicacion para cuanto se le preguntaba. D. Sebastian me era sobre manera simpático porque en todo contrastaba con casi todos los albeítars y herradores que frecuentaban el

(1) Fuerza del consonante á lo que obligas!
 A decir que son blancas las hormigas.

(2) Este verso está manco,
 pues debiera decir papel de Banco.

establecimiento, cuyo principal negocio era el de herraje de caballerías. Por más que yo le molia con preguntas nunca me ponía mala cara, antes bien se mostraba siempre complacido de mi afán por saberlo y averiguarlo todo. Sólo alguna que otra vez contestaba á mis preguntas, de modo que la contestacion era para mí una charada que no me era posible descifrar por más que lo intentase hasta que la casualidad venia en mi auxilio, como viene en el de los lectores de charadas el número siguiente del periodico que las publica.

Un día pregunté á D. Sebastian qué opinaba del saber y me contestó: Opino que el saber casi siempre es conveniente.

Aquel «casi» me llamó tanto la atencion que no pude resistir el deseo de pedir á don Sebastian que me le explicara y la única explicacion que obtuve fué esta:

—A veces conviene ignorar.

En un libro que se titula «Madrid por fuera» he hablado más largamente de D. Sebastian Garcia y hasta he referido la anécdota que hoy me da ocasion para traerle á la memoria. A ese libro apelo para dar á conocer cuando, dónde y cómo encontraré la solucion de la charada que D. Sebastian me habia propuesto al decirme que á veces conviene ignorar.

Todos los domingos por la tarde íbamos de caza por las inmediaciones de Madrid con don Hipólito, el dependiente principal que ya he dicho era loco por ella. Una tarde de primavera en que el sol parecia de canícula, dispuso D. Hipólito que fuésemos hácia San Bernardino, tanto por si podíamos matar algun conejo de los que salian de la posesion de la Moncloa, como por entrar y pasear por esta posesion, para lo que teníamos permiso.

Entre las tapias de la Moncloa y los trigos exteriores tiró D. Hipólito á una porcion de conejos, pero todos se volvieron dentro sin novedad en su salud, á pesar de que D. Hipólito decia que todos iban heridos y si no habian quedado en el sitio, era por no rematar las pícaras pólvoras que entonces andaban.

El sol picaba mucho y ansiábamos un poco de sombra; D. Hipólito dispuso que entrásemos en la Moncloa por la puerta que estaba antes de llegar á San Bernardino y nos fuésemos á esperar á que el sol descendiese un poco, en una arboleda cuya sombra envidiábamos desde lejos hácia rato.

Esta arboleda era una muy frondosa y espesa que ocupa el fondo del vallecito á cuya cabecera están el asilo de mendicidad de San Bernardino y la huerta del mismo asilo, que caen fuera de la real posesion.

El asilo tiene abundantes aguas potables y de limpieza y con ellas y las de una noria de

la huerta, se forma un arroyo bastante caudaloso que fertiliza la arboleda corriendo por toda la cañada hácia el Manzanares.

El arroyo, al salir de San Bernardino y su huerta para penetrar en la Moncloa, es turbio, infecto y nauseabundo, pero conforme va caminando y derramándose cañada abajo, se va aclarando y purificando de modo que al descender al llano todo el que le vé y no conoce su procedencia, entra en tentación de calmar la sed en su corriente.

Bajamos á los jardines regados por el arroyo purificado de su inmunda vida pasada y encontramos allí á unas hermosas, elegantes y delicadas damas que se habian separado de una familia que veíamos mas abajo y andaban curioseando por aquellas enramadas.

Al tropezar con el arroyo, que formaba allí, límpido y tentador, una cascadita, antojose á las damas aplicar á su corriente los rosados labios. Y así lo hicieron antes que nosotros tuviéramos tiempo de advertirles que no lo hicieran y al llegar nosotros prorrumperon en grandes elogios de la frescura y la pureza del agua que acababan de beber.

—Ustedes que vienen de lo alto, nos dijo una de ellas, sabrán de dónde viene esta agua.

—Ciertamente que lo sabemos, contestó D. Hipólito, pero si el agua les ha gustado á Vdes., poco debe importarles saber de dónde viene.

Ó las señoras conocian que tratábamos de esquivar la contestación concreta á su pregunta, ó eran naturalmente amigas de saber, pues insistieron en que les dijésemos de dónde procedía la cristalina corriente que acababan de saborear.

—Señoras, contestó D. Hipólito, no les tiene á ustedes cuenta saberlo.

—Pues ya que ustedes son tan poco complacientes, replicaron las señoras, duplicada su curiosidad de hijas de Eva, tendremos que molestarnos en subir arroyo arriba para averiguarlo.

—Yo les evitaré á ustedes esa molestia, dijo al fin D. Hipólito complaciéndose ya en castigar la impertinente curiosidad de las señoras. Ese arroyo viene del asilo de mendicidad de San Bernardino, donde nace y cumple antes de proseguir su jornada, una santa obra de misericordia que es la de dar de beber al sediento, y otra de salubridad y policia que es la de limpiar lo sucio.

Oír esto las señoras y sentirse acometidas de náuseas, todo fué uno. Mientras purgaban su curiosidad, nosotros nos alejamos, y en-

tónces encontré la solución de la charada de D. Sebastian, que tantas é inútiles cavilaciones me había costado. A veces conviene ignorar.

Antonio de Trueba.

TIPOS.

Miradle, qué almivarado,
qué arreglado
y estirado;

cinco varas de tirilla,
pantalon de geringuilla
y muy cortito el gaban.
Pues este bello tipito,
tan bonito,
tan gallardo y tan donoso,
es lo que llaman gomoso
en la buena sociedad.

Bella dama! La belleza,
la nobleza
y gentileza
se retrata en su semblante,
y es por demás elegante
su atavío y su ademan.
Tipo tan lujoso y bello,
no es aquello
que presume quien la mira;
pues es, parece mentira,
corista del teatro Real.

Una boca como un pozo,
poco bozo,
pues es mozo;
de anchas alas el sombrero,
chaquetilla á lo torero,
y en la barbilla un lunar.
El tipo que habeis delante,
repugnante,
y por apéndice *chato*,
es el que cobra el barato
en toda la vecindad.

Buque á la vista, ¡salero!
Qué velero
y qué ligero
con el brazo recogido
levanta un poco el vestido
enseñando un pié. . hasta allá.
El tipo es una doncella,
y aunque bella,
según murmura la gente,
lleva sucia la patente
y no puede navegar.

Védle allí; descolorido,
 muy roido
 su vestido,
 que si fué de negro mate,
 pardean cual chocolate
 la levita y pantalon.
 Pues este tipo ó retrato
 cuyo trato
 será fino y elegante,
 denuncia solo un cesante
 de nuestra augusta nacion.

Os presento una señora
 habladora,
 decidora
 de lo suyo y del vecino,
 que reniega de su sino
 por donde quiera que va.
 Añadid que en su locura
 se figura
 viuda de algun intendente,
 y tendreis precisamente
 una patrona cabal.

Le sirve de tapadera
 gran chistera
 ó canariera
 que trajo de Calamocha;
 el frac su cuerpo no abrocha
 y le arrastra el pantalon.
 Señor de mil campanillas,
 con patillas
 que hacen su rostro más fiero,
 fué allá en tiempos... choricero
 y hoy en dia... senador.

Un tipo daros quisiera
 y lo hiciera
 sino fuera
 porque los hay de mil clases,
 que protestan en sus fases
 confusa disparidad.
 Si alguno verle desea
 venga y vea
 en mí el tipo retratado,
 pues el t po es un chiñado
 de superior calidad.

Gerardo Gutierrez.

EL CALOR DEL SOL COMO FUERZA MOTRIZ.

En *Il Progreso*, notable revista italiana, dedicada, como indica su título, á consignar todos los adelantos materiales de la época, hemos leído un interesante artículo debido al distinguido ingeniero G. Buonomo, de la so-

ciudad Africanista de aquel país, y como quiera que el asunto es de excepcional interés, nos apresuramos á extractarle, seguros de que nos lo agradecerán nuestros ilustrados lectores.

Plutarco nos dice, que cuando se extinguía por cualquier circunstancia el fuego sagrado, por el que velaban las antiguas sacerdotisas del paganismo, no se podia encender de nuevo por los medios ordinarios: al efecto, era preciso obtener una llama pura independiente de todo contacto humano, y para lograrlo, la obtenian del sol, haciendo uso de una gran pantalla metálica, que concentrando los rayos solares sobre un puñado de hojas secas, producía el fuego que se deseaba. Esta pantalla es precisamente el cono de que, al través de los siglos, se vale Mouchot para poner en ebullicion la caldera de vapor durante sus últimas experiencias de la Argelia.

Otro hecho notable de la antigüedad, es el que se atribuye á Arquímedes, denominado de los espejos ustorios, con que abrasó toda la flota que bloqueaba á Siracusa: hecho negado por muchos y sostenido por otros que le declaran posible, fundándose en la experiencia, que siempre puede realizarse, con los elementos necesarios, y con la que, combinando 128 lentes, expuestos al sol en el mes de Abril de 1747, se llegó á incendiar una tabla á 48 metros de distancia.

Despues de estas tentativas para obtener calor, que, segun los adelantos modernos, es lo mismo que fuerza, el francés Lonicier inventó un aparato destilatorio, aprovechando el calor del sol, y más tarde el italiano G. B. de la Porta, en su libro XIX de la *Mágia natural*, propone la utilización del mismo calor para elevar el agua á la parte alta de una torre, y últimamente, fundándose en un principio análogo, Salomone de Caus construye una fuente continua, y el jesuita Martin una máquina elevatoria.

De igual modo el físico ginebrino de Saussure, en el año 1767, admiró al mundo científico con su HORNILLO SOLAR, constituido por cinco cajas de cristal de Bohemia metidas unas dentro de otras, de modo que, puestas bajo la accion de los rayos solares, se logran 87° de calor en la caja interior, y una temperatura igual á la del ambiente en la primera caja. Siguiendo los mismos pasos que el célebre suizo citado, el francés Ducarla aumentó en mucho la temperatura del hornillo solar, agregando nuevas envolturas á la caja central.

Despues, dos sabios distinguidos, Melloni, profesor de la Universidad de Nápoles, y Tyn-dall, catedrático en Inglaterra, discurren al

mismo tiempo sobre los medios de apreciar el calor lunar, el primero, deduce de sus experiencias las leyes de la radiacion del calórico; y el segundo, como resultado de sus estudios, perfecciona dichas leyes, y en vez de utilizar una lente para reunir los rayos caloríferos, aprovecha un reflector cónico de grandes dimensiones, última expresión de los adelantos en el problema sobre que venimos historiando.

El profesor del Liceo de Tours (Francia), Mouchot, despues de haber divagado en distintos sentidos, presentó en la Exposicion de París, de 1878, un pequeño concentrador de los rayos solares, digámoslo así, que ponía en accion un alambique de escasas proporciones: otro modelo calentaba extraordinariamente un recipiente con agua; y por fin, con un gran reflector de 20 metros cuadrados calentaba una caldera cuyo vapor movía una máquina que elevaba 2.000 litros de agua por hora. Más tarde, el Sr. Mouchot, segun hemos dicho, hizo nuevas experiencias en la Argelia, cuyos resultados, si bien eran sorprendentes, pues llegó en el mes de Marzo á conseguir una fuerza igual á dos caballos de vapor, sus aparatos eran poco prácticos y difíciles de manejar, perdiéndose demasiado el calórico que se proyectaba sobre el reflector. Sin embargo, el principio estaba perfectamente determinado, y fundándose en él, un ilustre ingeniero llamado Pifre modifica esta última expresion de tan notables adelantos, presentando á la consideracion general un aparato mucho más perfecto.

Describamos el aparato de Mouchot: supóngase una gran pantalla cónica expuesta á los rayos solares, cuya superficie de platino se encuentra muy bien pulimentada, y en su centro se fija una caldera tubular en direccion de los mismos rayos: esta caldera se ennegrece en toda la parte que ocupa el agua, cubriendo con chapa de cobre pulimentado su cámara de vapor, á fin de impedir la irradiacion del calórico; además, se envuelve dicha caldera en un tubo de cristal completamente cerrado para que el aire atmosférico con sus naturales movimientos no se lleve el calórico. Todo el aparato se monta en un eje dotado de dos movimientos; uno en sentido vertical y otro horizontal, bastando un muchacho cualquiera para que por medio de una manivela logre presentar constantemente la pantalla frente al sol.

Pues bien, el insolador Pifre parece resolver la cuestion de un modo más satisfactorio, aplicándole á multitud de necesidades; por ejemplo, la *Sociedad solar* que explota en París estos aparatos, los construye por 2.000

pesetas, capaces de destilar 45 litros por hora, los cuales pueden facilitar en las diez horas de sol 450 litros por día. Otros se aplican á la ascencion de aguas, y los hay, que en diez horas elevan á 5 metros de altura 380.000 litros. En los países ardientes, donde tan necesario es el hielo, se puede montar uno de estos insolares, y, proyectando un chorro de vapor sobre el aparato Carré, se logra hacer hielo por medio del sol.

Véase cómo con el mismo sol abrasador de las zonas tórridas se puede aliviar la suerte de los infelices que viven en tan inhospitalarias regiones, proporcionándoles agua donde se encuentre salada ó en malas condiciones de potabilidad, elevarla donde la haya subterránea, y hasta congelarla para regalo de los que hoy perecen casi asfixiados en aquellos lugares. Por este medio se convertirán en preciosos vergeles las agostadas costas del Mar Rojo, cuya atmósfera es casi irrespirable en la actualidad. Ultimamente se han construido modelos pequeños de un metro cuadrado superficial, con los cuales se puede destilar 2 1/2 litros de agua por hora, constituyendo una verdadera cocina, pues con este aparato se cocen carnes, se hace una taza de té, si se quiere, y cuanto sea preciso, mejor y más barato que con leña. En cinco minutos se monta el aparato, y á la hora facilita de 1 á 5 litros de agua hirviendo. De hoy más, las caravanas que se abrasaban de sed, aún atravesando pantanos de aguas impuras y sin poder preparar los alimentos, satisfarán ambas necesidades, llevando tan solo estos aparatos en sus penosas expediciones; sobre todo, si se tiene en cuenta su pequeño volúmen, pues caben en reducidas cajas dispuestas á propósito.

Meditando sobre estos nuevos aparatos, no puede ser más lisonjero el porvenir de Africa, pues con ellos se puede crear el vapor, ó sea el elemento que resuelva todas las necesidades de la vida moderna, desde las más sencillas hasta las más complicadas; y, para apreciar mejor la importancia del hecho maravilloso que nos ocupa, meditemos por un instante en el número de insoladores que pueden colocarse en el desierto de Sahara, donde tanto abundan las aguas subterráneas! Este prodigioso adelanto de la civilizacion moderna, trasformará el abrasado páramo del Africa en un rico vergel, capaz de alimentar espléndidamente á una poblacion igual á la que hoy vive en Europa envuelta en tantos sobresaltos y amenazada siempre de la mayor miseria.

(De la *Revista de Conocimientos útiles*.)

MISCELÁNEA.

Gabinete clínico del Dr. Benito. Consulta diaria, de 11 á 2, calle de los Amantes núm. 10, entresuelo. Gratis á los pobres.

El Auxiliador.—Aparato para facilitar la primera enseñanza por D. Celestino Moreno y Noguera, Capitan teniente de infantería.—Precio: 150 pesetas.

Se vende á plazos á los señores profesores de Instrucción primaria.

Para más detalles dirigirse al autor, calle de Peñayo, número 24, entresuelo, Valencia.

De porqué rabió el Rey que rabió.—En el comercio de Mediano, 2 rs.

Diccionario popular de la Lengua castellana, por D. Felipe Picatoste.—Forma parte de la Biblioteca Enciclopédica Popular.—Cuatro tomos encuadrados en tela en un volumen=5 pesetas.—Dector Fourquet,—7—Madrid.

Escenas contemporáneas.—Pavía.—4—Madrid.

Libro Nuevo.—Borriones ejemplares por D. Manuel Polo y Peyrolón. Con licencia del Ordinario se acaba de publicar esta miscelánea de artículos amenos, moralizadores, y variados, formando un volumen de 400 páginas en 8.º francés, elegantemente impreso, con viñetas y tipos elzevierianos y cubierta y anticubierta á dos tintas, sobre papel satinado. Al precio de diez reales se vende en las librerías de Tejado, Arenal, 20; Aguado, Ponteijos, 8; y Olamendi, Paz 6.

Manual del impuesto de consumos, por la Redacción de El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados Municipales.

Acaba de ponerse á la venta la séptima edición de esta utilísima obra, arreglada á la novísima legislación del ramo ó sea á la ley de 31 de Diciembre de 1881, á la instrucción y tarifas de la misma fecha y á las demás disposiciones ulteriores, con estensas esplicaciones prácticas para facilitar la administración del impuesto, adopción de medios para cubrir los encabezamientos, repartos, reclamaciones, etc.; una completa colección de todos los formularios convenientes para la administración, gestión y cobranza del mismo; y la nueva legislación, anotada y concordada para su mejor aplicación ó inteligencia.

Un volumen de cerca de 300 páginas, en 8.º francés.

Precios: 8 rs. en rústica y 11 en holandesa.

Los pedidos al Administrador de *El Consultor* Plaza de la Villa, 4, Madrid.

El Día.—El más barato de los periódicos.—Suscripciones. Madrid un mes 1 peseta.—Provincias,

3 meses 3 idem.—Hoja literaria semanal, gratis.—Dos veces al mes, artículos de D. Emilio Castelar.

Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel, por D. Mariano Sanchez-Muñoz Chlusowicz.

Pocos ejemplares quedan ya de esta obra, publicada por la REVISTA DEL TURIA. Véndese á dos pesetas en el Comercio de Mediano, calle de San Juan núm. 1.

Se remite por el correo, añadiendo á su importe 10 céntimos de peseta.

Revista popular de Conocimientos Útiles.—Precios de suscripción: Un año, 40 rs.—Seis meses, 22.—Tres meses 12.—Regalos.—Al suscriptor por un año se le regalan 4 tomos, á elegir, de los que haya publicados en la *Biblioteca*, 2 al de 6 meses y 1 al de trimestre.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín—Corro 4—Madrid.—Corresponsal en Teruel, Adolfo Ceibreiro—San Esteban—5.

La Guirnalda es sin disputa el periódico de modas mas conveniente á las familias y más económico.

La Correspondencia Musical es el periódico de su clase que ha obtenido mayor éxito en España. Se publica todos los miércoles, en ocho grandes páginas á las que acompaña una ó dos piezas de música de reconocida importancia.

Distracciones poéticas, de D. Miguel Ruiz y Torrent.—Precio una peseta cincuenta céntimos.—Para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA 1,25 céntimos.

Don Quijote de la Mancha.—Un solo volumen de 372 páginas.—5 reales para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA.

Los Niños.—Revista quincenal de educación y recreo bajo la Dirección de D. Carlos Frontaura.—Barcelona.—Un año 10 pesetas.—Un semestre 5.—Un trimestre 3.

Elixir de anís.—10 rs. con casco, 8 sin él.—Farmacia de Adam.—S. Juan 71.—Teruel.

Teruel:—Imp. de la **Beneficencia**.